

Bésame siempre

Raquel G. Estruch



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#besamesiempre

Colección: Tombooktu Chicklit
www.chicklit.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Bésame siempre*
Autor: © Raquel G. Estruch

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-78-9
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-79-6
ISBN Digital: 978-84-15747-80-2
Fecha de publicación: Noviembre 2015

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-30546-2014

Índice



Capítulo 1.	11
Capítulo 2.	15
Capítulo 3.	37
Capítulo 4.	49
Capítulo 5.	61
Capítulo 6.	75
Capítulo 7.	97
Capítulo 8.	109
Capítulo 9.	133
Capítulo 10.	145
Capítulo 11.	161
Capítulo 12.	185
Capítulo 13.	197
Capítulo 14.	205

Capítulo 15.	219
Capítulo 16.	239
Capítulo 17.	263
Capítulo 18.	283
Capítulo 19.	299
Capítulo 20.	311
Capítulo 21.	319
Capítulo 22.	329
Capítulo 23.	339
Capítulo 24.	365
Capítulo 25.	375
Capítulo 26.	385

1



Óscar:

Te propongo una copa de vino y conversación sin complicaciones. Estaré a las 14h en la bodega de la calle Aribau. No te guardaré ningún rencor si decides no venir.

La vida podía haberme preparado para muchas cosas durante los últimos meses, pero sin duda alguna no lo había hecho para recibir un mensaje como aquel. A medida que lo leí fui pasando de la sorpresa más absoluta al enfado monumental. ¿Por qué me escribía ahora? ¿Qué era lo que quería? ¿Acaso no le había dejado claro que no deseaba que nos viéramos más? Y lo que me preocupaba por encima de todo, ¿cómo era posible que mi corazón se hubiera acelerado de aquel modo con tan sólo dos frases? Consulté la hora y me di cuenta de que era más de la una. Si quería acudir a la cita que Óscar me proponía tenía el tiempo justo para subir a casa, cambiarme de ropa y llegar a la bodega en cuestión.

Volví a meter el móvil en el bolso, saqué mi *e-book* y empecé a leer. Traté de concentrarme en la novela que tenía frente a mis ojos, pero consultaba el reloj casi cada minuto. Cuando apenas faltaban quince para las dos de la tarde me levanté de la silla bastante cabreada conmigo misma, bajé hasta el Paralelo y paré un taxi. Si el tráfico estaba bien a aquella hora del día llegaría puntual a la calle Aribau. Me acomodé en la parte trasera del

coche y resoplé. Estaba confundida, sorprendida e indignada. ¿Qué estaba haciendo y por qué no me había quedado tranquilamente leyendo? Pero, al mismo tiempo, no podía evitar pensar qué tenía de malo tomarme una sola copa de vino con él para volver a dejarle las cosas claras, porque era obvio que no se había enterado de nada.

Cuando entré en la bodega agradecí el ambiente fresco y tranquilo que se respiraba allí. Yo tenía la respiración bastante acelerada y las manos me temblaban, de modo que entrar en un sitio con relativamente poca gente me ayudó bastante. Estaba a punto de sentarme en la barra pensando que Óscar no había llegado cuando lo volví a sentir. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me di la vuelta y después de buscar con detenimiento por todo el local, lo encontré sentado en una pequeña mesa al final del todo. En cuanto nuestras miradas se encontraron sentí una presión en el centro del pecho y un cosquilleo en la parte baja de mi vientre. Me reprendí por tener aquel tipo de sentimientos hacia una persona que ya no formaba parte de mi vida. Aun así le sonreí y empecé a caminar hacia el lugar en el que estaba sentado.

—No tenía muy claro si vendrías —dijo al tiempo que se acercaba a mí y dejaba un beso en cada una de mis mejillas—. Pero me alegro de que lo hayas hecho —añadió con una sonrisa que hubiera derretido a cualquiera.

—Si te digo la verdad, no sé muy bien qué hago aquí. Pero ya que he venido espero que, al menos, el vino sea bueno —respondí tratando de tranquilizarme un poco.

—Lo es. Pruébalo. —Óscar acercó su copa a mis labios y luego la inclinó para que pudiera saborear el vino. No sé muy bien por qué, pero aquel gesto me pareció tremendamente erótico. En realidad todo en él lo era—. ¿Te quedas? —preguntó tras observarme en silencio durante varios minutos.

—Sí —respondí y me senté frente a él en la mesa.

Enseguida vi cómo le hacía un sutil gesto al camarero. Poco después tenía frente a mí una copa del mismo vino tinto que había probado hacía tan sólo unos minutos. Apoyé los dedos sobre la base de la copa para disimular que seguía temblando y conseguí reunir las fuerzas suficientes para mirarle directamente a los ojos.

—Para qué querías verme —dije sin pensármelo dos veces.

—Para nada en concreto. Simplemente he pensado que nos podíamos tomar una copa como dos buenos... amigos —respondió sin apartar la vista de mí.

—Tú y yo hemos podido ser muchas cosas, pero creo que el término amigos no se puede aplicar a la relación que hemos mantenido.

—¿Por qué?

—Los amigos se quieren, se preocupan los unos por los otros y respetan las decisiones de los demás —respondí casi de carrerilla.

—Y tú y yo no hacemos eso —dijo mientras sus dedos acariciaban el borde de la copa.

—Especialmente tú.

—Marga... —su tono de voz era tan tierno que fui incapaz de articular palabra— no tengo la intención ni de que discutamos ni mucho menos de inmiscuirme en tu vida. Sólo he pensado que ya que estás aquí podíamos charlar tranquilamente, como personas que han sido importantes la una para la otra y que han decidido continuar con sus vidas por separado.

—Eso te ha quedado muy poético pero, ¿es cierto? —dije sintiendo cómo la rabia se abría paso en mi interior.

—Completamente. La última vez que nos vimos te encargaste de dejarme claro que no querías saber nada de mí. Decidiste sacarme de tu vida y yo lo he respetado.

—Hasta ahora... —respondí con dureza.

—No. Siempre —dijo mientras alargaba los dedos con intención de rozar los míos.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ni te he llamado, ni te he escrito ni he ido a verte, aunque durante semanas me he vuelto loco tratando de encontrar una explicación lógica a todo lo que ha pasado entre nosotros. No me he puesto en contacto contigo de ninguna manera para que me dieras más detalles sobre las razones que te habían llevado a pensar que lo que existía entre tú y yo no tenía ningún futuro. Sí Marga. Creo que he sido tremendamente respetuoso con tu decisión y con el modo en el que has decidido vivir tu vida sin mí.

Aquellas palabras de Óscar me dejaron bastante fuera de juego porque no las esperaba en absoluto. ¿Era cierto que le había dejado tan al margen como él pretendía hacerme creer? Sí que había hecho todo lo posible por dejarle claro que no lo quería en

mi vida. Sin embargo, él no tenía ni la más mínima idea de cuántas veces me había despertado en mitad de la noche embriagada por un aroma a canela y limón para después comprobar que él no estaba allí. Tampoco le había explicado cómo, en los momentos en los que necesitaba aferrarme a algún recuerdo intenso para motivarme a la hora de trabajar, sólo necesitaba cerrar los ojos y regresar a una noche en lo alto del Tibidabo o a un simple paseo por la playa. Tampoco sabía cómo, en ocasiones, sentía que un escalofrío me recorría desde la nuca hasta la cintura porque, por muy lejos que estuviéramos, me sentía unida a él de un modo que ni siquiera era capaz de entender.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos porque, antes de que aquel encuentro entre nosotros se produjera habían pasado muchísimas otras cosas...

2



Antes de subirme al avión que me llevaba de regreso a Benidorm les escribí un mensaje a las chicas. Todo había sido tan estupendo en la fiesta que se había organizado con motivo de la publicación de mi novela que quería agradecerérselo. Fue entonces cuando me di cuenta de que Óscar me había escrito. Leí el wasap y sentí una ligera presión en el pecho. No estaba dispuesta a que nada ni nadie me fastidiara el gran momento profesional que estaba atravesando. Aun así no pude evitar que se me instalara una sensación de desasosiego en la boca del estómago. Me costaba creer que volviera a la carga después de todo lo que le había dicho hacía unas pocas horas. ¿Qué se suponía que tenía que hacer para que Óscar entendiera de una vez por todas que lo nuestro no tenía ningún futuro?

Habíamos pasado un tiempo espléndido juntos, y hubo un momento en el que incluso parecía que nuestra relación iba a ser posible. Después la vida se había encargado de demostrarnos a los dos todo lo contrario. Las verdades a medias, no tener claro hacia dónde queríamos ir y, probablemente, la confusión en la que yo me había sumido después de que Andrés me dejara nos habían conducido hasta el punto en el que estábamos ahora. Y ese era, precisamente, el de querer regresar a Benidorm junto a un hombre que me hacía feliz.

Lo último que me apetecía en un momento tan importante de mi vida como el que estaba viviendo era volver a pensar en las

mismas cuestiones sobre las que ya había reflexionado una y mil veces. Estaba convencida de que lo que me merecía en aquel instante era disfrutar y vivir el momento como mejor me pareciera. Por esa razón ni me molesté en responder. Me limité a guardar el teléfono de nuevo en el bolso, cerrar los ojos y prepararme para mi regreso a Benidorm.

Me di cuenta de lo muchísimo que había echado de menos a David cuando lo abracé en el aeropuerto. Las emociones de la noche anterior habían sido tan intensas que ni siquiera había tenido tiempo de asimilar que él se había perdido uno de los momentos más mágicos de mi vida. Apreté mi cuerpo contra el suyo y me dejé envolver por la seguridad que me daba estar entre sus brazos. Enseguida busqué sus labios y le besé primero con ternura y luego con desesperación. Si no hubiera sido porque estábamos en un lugar público creo que hubiéramos terminado practicando sexo de manera salvaje.

Tenía un montón de cosas que contarle. Estaba convencida de que querría conocer todos los detalles sobre la presentación de mi novela y suponía que también estaría interesado en saber cómo habían ido las cosas en la súper fiesta que se había prolongado casi hasta la hora de salida de mi vuelo. La verdad era que, desde hacía bastantes horas, estaba en una burbuja de completa felicidad. Las cosas no habían podido ir mejor en Barcelona. Había tenido la ocasión de compartir uno de los momentos más especiales de mi vida con casi toda la gente que me quería. Sabía lo mal que David se sentía por no haber podido estar conmigo. Por eso tenía pensado contárselo todo. Bueno, en realidad, no iba a explicarle la noche al completo. En mis planes no entraba mencionar a Óscar.

Hacia algún tiempo que había tomado la decisión de no compartir con David ninguna información que estuviera relacionada con otro hombre. Nuestra relación había empezado como una simple amistad, pero había evolucionado hasta convertirse en algo mucho más intenso. En los últimos tiempos la vida me había enseñado que los hombres no estaban interesados en conocer la existencia de otros cuando quieren conquistar a una mujer. Además mi relación con Óscar había muerto por completo hacía unas horas. Al pensar en aquello sentí una mezcla de alivio y nostalgia. Apreté los ojos con fuerza y traté de centrarme en el presente. El futuro más inmediato que tenía por delante parecía

de lo más estupendo. ¿Por qué no concentrar todas mis energías en disfrutarlo?

—¡Qué ganas tenía de que volvieras! —dijo David sin dejar de abrazarme con fuerza.

—¿Tenías miedo de que no regresara?

—No exactamente... —respondió un poco dubitativo.

Me aparté ligeramente para observarlo. Tenía los ojos de un azul tan claro que, por un instante, llegué a pensar que se le iban a diluir por completo. Le acompañaba una expresión en la cara que no supe exactamente cómo descifrar, aunque pude percibir con claridad que le preocupaba algo como lo que yo le acababa de decir.

—¿Qué te preocupa? —dije sin perder el contacto visual con él.

—Ahora ya nada. —David me sonrió y acercó sus labios a los míos con intención de besarme.

—Sé que hay algo que te ronda por la mente. Dímelo, por favor.

—En serio no es nada. Sólo es que me pone un poco nervioso estar alejado de ti —dijo casi en un susurro.

—Vaya... —En aquel momento sentí una mezcla de tristeza y alegría. No quería que David se preocupase pero, al mismo tiempo, saber que había estado pensando en mí durante mi ausencia me hacía sentir que formaba parte de su vida.

—Tal vez no tenga demasiado sentido. A lo mejor es muy pronto para todo esto, pero lo cierto es que me he acostumbrado tanto a tenerte a mi lado que ya no sé qué hacer cuando no estás.

Noté cómo las piernas me empezaban a temblar. No estaba preparada para escuchar aquellas palabras. Al menos no tan pronto. Un montón de pensamientos acudieron a mi mente y las emociones se agolparon en el centro de mi pecho. Estaba orgullosa por lo que acababa de escuchar. ¿Quién no? Sin embargo también me invadió cierto desasosiego. ¿En realidad quería que David sintiera algo así por mí? Después de todo lo que había vivido con Andrés y con Óscar, ¿estaba preparada para meterme en una relación que prometía ser seria y duradera? Las palabras no me salían de la boca así que opté por dejar que David siguiera hablando.

—Marga... Sé que tal vez todo esto puede parecer muy precipitado, pero he estado pensándolo mucho durante las últimas horas. Te has convertido en alguien muy importante y

sería un imbécil si dejara escapar esta oportunidad que me está dando la vida.

—¿A qué te refieres exactamente? —dije mientras sentía cómo el pulso se me aceleraba todavía más.

—Lo que trato de decirte es que te has convertido en una persona imprescindible en mi vida, y me gustaría saber si tú sientes lo mismo por mí.

He de confesar que me sentí halagada por todo aquel despliegue de cariño y ternura. Tenía delante a un hombre fantástico que acababa de confesar en voz alta todo lo que sentía por mí. Le miré de nuevo a los ojos y todo su ser fue tan transparente para mí que me conmovió. Seguía sin palabras pero, con un simple gesto, sellé el que sería el principio de una relación completamente distinta entre nosotros. David entreabrió los labios para recibir los míos y me abrazó con tanta fuerza que incluso me costaba respirar.

En el coche de regreso a Benidorm le estuve contando cómo había ido la fiesta de la noche anterior y admití, un poco entre dientes, que le había echado de menos. En especial en aquellos momentos en los que veía a Montse tan feliz al lado de Rubén y no podía evitar preguntarme si algún día yo sería capaz de tener algo parecido a lo que ellos dos parecían compartir. También le expliqué, con el máximo detalle, todo lo que se había perdido. De igual modo le intenté transmitir tanto los nervios como la felicidad que me habían durado casi todo el día. Obvié de forma consciente hacer alusión alguna a Óscar. ¿De qué me iba a servir contarle que había puesto punto y final a una historia con un hombre al que él ni siquiera había conocido? Siempre había intentado ser sincera con todas mis parejas pero no veía que el hecho de explicarle mis idas y venidas con otro hombre fuera a aportar nada a nuestra relación. Sobre todo porque aquello ya se había terminado.

Durante unos minutos permanecí en silencio reflexionando sobre este tema. Me sentía satisfecha por el modo en el que había tratado el asunto con Óscar. No había dejado de quererle de la noche a la mañana y, conociéndome, era más que probable que no lo hiciera nunca. Él había llegado a mi vida en un momento muy especial y, aunque lo había pasado mal, tenía que admitir que estar a su lado me había hecho ver el mundo de una forma distinta. Aunque lo más importante del tiempo que había pasado

con Óscar había sido todo lo que había descubierto tanto del sexo como de mí misma. Me sentía orgullosa de la mujer que había sido a su lado. Una Marga que, hasta que él llegó, no se había atrevido ni siquiera a asomarse un poco. Sabía que mucho de aquello era gracias a mí. Al mismo tiempo era consciente de cómo había crecido junto a él. Aunque las cosas entre nosotros no hubieran terminado precisamente bien no podía quitarle la parte del mérito que sabía que tenía.

Miré a David, que estaba concentrado en la carretera. Tal y como era habitual en él había decidido respetar mi silencio a pesar de que yo sabía que, en el fondo, se moría de ganas de saber todos los detalles sobre lo que había sucedido la noche anterior. Mientras le contemplaba pensé en las palabras que me acababa de decir en el aeropuerto. Tenía que admitir que me había conmovido. ¿A quién no le tocaría en lo más hondo asistir a una declaración de intenciones como la que él acababa de hacer? ¿Qué les pasaba a los hombres? ¿Por qué en sólo unos meses había pasado de estar hundida porque uno de ellos me había dejado a tener que quitármelos de encima? Iba a tener que preguntarle a Montse cómo lo hacía ella en los tiempos en que los hombres desfilaban por su vida como los gin-tonics en una de nuestras fiestas.

Casi sin darme cuenta los pensamientos me llevaron a Óscar y a todo lo que había pasado. Me sentí fenomenal después de hablar con él y dejarle claro que me importaba tres pimientos lo que le ocurriera a partir de aquel momento. Tal y como le había dicho, tenía a un hombre maravilloso esperando en Benidorm con el que aún no sabía hacia dónde iba pero con el que me sentía muy a gusto. Fue en aquel instante cuando caí en la cuenta precisamente de eso. En todo el tiempo que llevaba con David no había pensado ni una sola vez en qué estaba pasando entre nosotros. Sólo me había preocupado por sentirme bien y disfrutar de todo aquello que la vida nos había ido trayendo. Tenía que admitir que esta nueva actitud, al menos frente a los hombres, me había hecho sentir mucho mejor. También me había servido para descubrir una parte de mí que desconocía. La Marga capaz de vivir despreocupada y que se dejaba llevar por las cosas, pero sin llegar a perder la cabeza del todo tal y como me había pasado con Óscar.

Ahí estaba de nuevo aquel nombre... ¿Era consciente de que había salido de mi vida definitivamente? ¿De verdad no quería

volver a ver aquellos ojos verdes nunca más, ni respirar su inconfundible aroma a canela y limón? Cerré los ojos y durante unos segundos me transporté a la última vez que había estado entre sus brazos, al último de los besos que me había dado. Toda mi piel respondió como si apenas hiciera unas horas de aquello cuando, en realidad, habían pasado semanas. Mientras recordaba debí de suspirar en voz alta porque, aún con los ojos cerrados, pude darme cuenta de que David me estaba mirando.

—¿Estás bien? —dijo mientras alargaba una mano y la dejaba caer con delicadeza sobre mi muslo.

—Sí —respondí.

—Parecías estar en otra parte... —David siempre tan observador.

—Estoy tan abrumada por todo —acerté a responder.

—Estarás cansada.

—Llevo acumuladas tantas emociones en las últimas horas que no he tenido ni tiempo para darme cuenta de eso —dije con una sonrisa en los labios.

—Bueno, ahora cuando lleguemos a Benidorm descansas.

Algo en el tono de voz de David me hizo pensar en que precisamente dormir no era lo que iba a hacer cuando pusiera un pie en mi ciudad. Enseguida sentí un escalofrío por todo el cuerpo y un ligero calor entre los muslos. Aunque ya llevaba algún tiempo con David, todavía me sorprendía la capacidad de mi cuerpo para reaccionar de aquel modo ante su presencia. Decidí no decir nada más y, mientras observaba el paisaje por la ventanilla del coche, sonreí. En el horizonte se alzaba, tan impresionante como siempre, el skyline de Benidorm. Enseguida me invadió la sensación de estar de nuevo en casa y todo mi cuerpo se relajó por completo. Nunca antes las vistas de mi ciudad habían causado ese efecto en mí. Era cierto que, en los últimos tiempos, me provocaba cierta felicidad aquel escenario, pero la tranquilidad que estaba experimentando ahora era nueva para mí. Y me gustaba. A nivel personal no tenía ni la más mínima idea de qué me deparaba el futuro más inmediato. Había dejado atrás a Óscar hacía tan sólo unas horas y ahora estaba sentada junto a un hombre con el que me sentía realmente a gusto, pero con el que no me había planteado nada en absoluto. Tal vez ese fuera el secreto de que nuestra relación fuera tan bien. Porque no me dedicaba a hacer planes ni a pensar qué

iba a pasar dentro de un mes, seis o treinta. Si algo había aprendido de todo lo que había vivido en los últimos tiempos era que yo tenía el control de mi vida. Dependía de mí hacia dónde quería ir, si me apetecía o no estar al lado de un hombre y, lo más importante, si mi elección era no volver a tener pareja nunca más.

Por lo que respectaba a mi futuro profesional ya lo había visto claro la noche anterior. Nunca imaginé una respuesta como aquella por parte de la gente ante un libro escrito por mí. Ni siquiera estaba realmente convencida de que a mi entorno le pudiera interesar algo que yo hubiera sacado de mi cabeza. Pero, hacía tan sólo unas horas, había podido comprobar lo equivocada que estaba. Aun no me creía todo el apoyo y el cariño que había recibido de personas a las que no había visto en mi vida. Gente que se había tomado la molestia de leer la novela que había escrito y que quería compartir conmigo un momento tan importante como aquel. Afirmar que estaba ilusionada era quedarse corta, porque todo lo que había vivido el día anterior me había convencido todavía más de que debía seguir adelante con mi sueño. Tenía que hacer todo lo que estuviera en mi mano para continuar escribiendo novelas. Debía contar historias desde el corazón y disfrutar con ello.

—Pues ya hemos llegado —dijo David. Fue entonces cuando me di cuenta de que el coche estaba perfectamente aparcado frente al mar—. ¿En serio que estás bien? No es normal que estés tan callada.

—Estoy perfectamente. Es sólo que todavía me siento un poco sobrepasada por todo lo que pasó anoche. —Cuando terminé de hablar noté que a él le invadía de nuevo la tristeza—. Ey... no te pongas así. En ocasiones las cosas en la vida no suceden como nos gustaría. Lo más importante es que estamos aquí, ¿verdad?

En cuanto terminé de pronunciar aquellas palabras caí en la cuenta de lo que acababa de decir. ¿En serio había salido de mis labios algo como aquello? En cuanto miré a David a los ojos me di cuenta de que sí. Yo, Marga, había dicho algo lo suficientemente intenso como para conseguir que los ojos de aquel hombre tan espectacular que tenía sentado a mi lado se iluminaran como un árbol de Navidad.

Lo siguiente que sentí fueron los labios de David sobre los míos y entonces me di cuenta de que había estado necesitando algo como aquello desde hacía ya bastantes horas. Respondí a

aquel beso con una pasión que incluso me sorprendió. Sentir su lengua abriéndose paso hacia el interior de mi boca fue suficiente para dejarme llevar por todas las emociones contenidas de las últimas horas. En cuanto entró en contacto con la mía, la piel de todo mi cuerpo se erizó. En el mismo instante en el que David colocó una de sus manos sobre mi nuca sentí una descarga eléctrica sobre mi piel que me llevó a acercarme todavía más a él.

Podía notar la humedad de su lengua mezclándose con la mía. La calidez de su aliento llenándome por completo. Cerré los ojos con fuerza y me dejé invadir por aquella sensación maravillosa de no tener el control sobre ninguna parte de mí ni tampoco sobre mis pensamientos. Sin dejar de besarle traté de acariciarle el cuerpo, pero la postura que habíamos adoptado en el interior del coche no era la mejor para ello. Me removí inquieta en mi asiento y enseguida David separó sus labios de los míos.

—Estaremos mucho mejor en casa —dijo con una sonrisa mezcla de deseo y de ternura.

—Sí... creo que estoy mayor para hacer contorsionismo en el interior de un coche. —Mi voz sonaba entrecortada y llena de ganas de él.

David salió del coche. Mientras se acercaba a abrirme la puerta pude comprobar con satisfacción que estaba tanto o más excitado que yo. Lo único que me apetecía en aquel momento era que me llevara a su cama e hiciera con mi cuerpo lo que le diera la gana. Me moría de ganas de notarlo en mi interior, de sentir su lengua recorriendo cada centímetro de mi piel. Quería sentarme a horcajadas sobre él y ser yo quien marcara el ritmo de un sexo que ya se me antojaba maravilloso. Quería tantas cosas que, cuando David me tendió la mano para que saliera del coche, apenas podía caminar sin sentir una punzada de deseo en el centro de mi sexo.

Cuando nos metimos en casa pasé los brazos alrededor de su cuello y me dediqué a besarle con ansia. Enseguida pude notar cómo el peso de todo su cuerpo me aprisionaba contra la pared. Su erección se apretaba justo sobre mi cadera mientras que una de sus manos me acariciaba ya la piel por debajo de la ropa. Traté de corresponderle, pero apenas podía moverme. Él controlaba la situación y aquello me hizo sentir tremendamente húmeda porque se cumplía mi expectativa de que me manejara a su antojo. Seguimos besándonos, saboreándonos mientras las manos de

David se perdían sobre mí. Sólo se separó un instante para mirarme a los ojos con aquella mezcla de pasión contenida y ternura que tan loca me volvía mientras se deshacía de mis pantalones con una habilidad exquisita. En cuanto me tuvo medio desnuda frente a él volvió a dejarse caer sobre mí y empezó a recorrerme desde la garganta hasta el nacimiento del pecho con la punta de la lengua.

Cada vez que sentía el contacto de la saliva sobre mi piel un intenso hormigueo me recorría desde la base de la nuca, bajándose por la espalda hasta instalarse en la parte baja de mi vientre. Traté de moverme, de apretar mis muslos para alargar aquella sensación pero él tenía otros planes para mí. Con un movimiento de lo más rápido que yo había visto nunca, David colocó sus manos bajo mis nalgas, obligándome a subir las piernas hasta enroscarlas alrededor de su cintura. Seguía aprisionándome contra la pared y yo me aferré a sus hombros para conseguir mantener el equilibrio. Ahora podía notar su erección directamente contra mi sexo y un gemido se escapó de mi boca. Traté de mover las caderas con el fin de aumentar aquel roce a través de mi ropa interior pero él se separó unos centímetros de mi boca.

—No te muevas— dijo casi en un susurro, de forma tan sensual que pude notar a la perfección cómo mi sexo se contraía.

Le miré directamente a los ojos y me quedé perdida en ellos. Estaba fascinada por todo lo que encontré y, en especial, por aquella faceta desconocida de David. ¿De dónde había salido aquel ser que ordenaba y que no dejaba la más mínima duda ante el hecho de que yo debía obedecer? Volví a sentir mi sexo palpitar de nuevo y, aunque mi orgullo me obligaba a responderle en aquel mismo instante, el interés por saber lo que vendría a continuación me obligó a mantener la boca cerrada, a permanecer tan inmóvil como la respiración agitada me lo permitía.

David volvió a dejarse caer sobre mí pero, en esta ocasión, su boca fue directamente hacia mis pechos. Al principio sólo pude notar una leve caricia sobre la ropa pero, a medida que pasaban los segundos, sentí su aliento directamente sobre mi piel. Me moría de ganas de quitarme la ropa, de eliminar aquella leve barrera que impedía que pudiera tener toda su piel a mi alcance. Pero sabía que aquello no iba a ser posible hasta que él lo decidiera. Tener esa certeza provocó que mi excitación fuera en aumento.

Él seguía recorriendo toda mi piel con una lentitud que sacaba al mismo tiempo lo peor y lo mejor de mí.

Poco a poco las caricias se fueron desplazando hacia la cintura, el ombligo y las caderas. Cada vez que sentía su boca rozar mi piel todo mi cuerpo me pedía a gritos que me moviera pero era consciente de que no podía hacerlo. De repente, David dejó de acariciarme. Yo abrí los ojos y le vi con aquella expresión que tanto me excitaba y que, a aquellas alturas, seguía sin saber interpretar. David alargó la mano y desenredó las piernas que yo tenía enganchadas alrededor de su cintura. Con mucha suavidad me dejó de pie en el suelo para, a continuación, darme la vuelta con fuerza y dejar mis pechos completamente pegados a la pared. De nuevo volví a preguntarme de dónde salía toda aquella pasión que nunca antes había visto en él. Durante unos segundos lo único que se podía escuchar en aquella habitación era mi respiración agitada y los jadeos intensos que se escapaban de mi boca. Ser tan consciente de mi propia excitación produjo que todo mi cuerpo reaccionara aún más. Podía notar las manos de David aferradas a mis caderas mientras sus labios jugaban en mi nuca. Me estremecía cada vez que eso sucedía y poco a poco fui perdiendo el control de las piernas. Pasados unos minutos apenas podía sostener el peso de mi cuerpo, pero él había pensado en todo y, en el mismo instante en el que se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, pasó sus brazos alrededor de mi cintura y pude apoyarme sobre ellos. Pero mi alivio duró poco, porque en cuanto David se aseguró de que no iba a caerme al suelo empezó a pasear sus dedos justo por el inicio de mi pubis. Enseguida todo mi cuerpo volvió a alterarse y sentí a la perfección cómo se intensificaba el hormigueo entre mis muslos. Lo único que deseaba en aquel momento era poder notar su piel directamente sobre mi sexo, sus dedos llenándome y recorriéndome entera. Aquella espera me estaba matando. Nunca antes David me había hecho desear tanto el sexo como en aquel momento. Era cierto que siempre cuidaba cada detalle. Parecía encontrar un enorme placer en retrasar lo inevitable. Pero jamás se había comportado conmigo como lo estaba haciendo ahora. Yo me debatía entre la sorpresa y el más puro deseo.

No sé cuánto tiempo permanecemos así. Él mordiendo cada centímetro de mi piel y yo dejándome llevar hasta empezar a sentir que el mundo se alejaba por completo de nosotros. Cada

vez que notaba sus dientes sobre mi cuello o mis hombros, un gemido intenso se escapaba de mi boca. En aquel momento no me importaba nada porque lo único que quería era más de lo que David me estaba dando. No controlaba en absoluto la situación. No sabía lo que iba a pasar pero tampoco me importaba. Mis sensaciones se incrementaron cuando sentí sus dedos sobre mi sexo. De forma casi automática mis caderas se movieron buscando el máximo contacto posible con él. Sin embargo, en cuanto se percató de aquello dejó de moverse. Yo abrí los ojos y, aunque no podía girarme porque tenía todo el peso de su cuerpo sobre el mío, traté de protestar por aquella negación del placer a la que me estaba sometiendo. Por suerte para mí, recordé sus últimas palabras así como el tono en el que me había ordenado que no dijera nada. Me costó muchísimo guardar silencio y permanecer inmóvil. Era consciente de que no me daría todo lo que yo necesitaba si no me dejaba llevar por él. Así que respiré hondo y traté de concentrarme en el calor que sentía entre mis muslos. Cuando me relajé lo suficiente volví a notar los dedos de David trazando pequeños círculos sobre mis braguitas. En aquel momento conseguí mantenerme quieta a pesar de la excitación. Permití, sin cuestionarme nada más, que fuera él quien decidiera cómo y cuándo.

Él apretó su cuerpo todavía más contra el mío. Su erección se clavaba tanto en una de mis nalgas que incluso me hacía daño. Pero en el fondo me gustaba. Un intenso gemido se escapó de mi boca justo en el momento en el que un ruido seco y breve nos envolvió. No me costó demasiado identificarlo. Con una habilidad increíble David acababa de romperme las bragas con un solo movimiento. Sentir aquella fuerza sobre mi cuerpo hizo que toda la piel se me erizara y enseguida me concentré en pensar cómo sería el momento en el que decidiera penetrarme.

Por suerte, no tuve que esperar demasiado. Todavía no me había repuesto del efecto que había causado en mí el poder escuchar cómo se habían roto mis bragas entre sus manos cuando David entró en mi interior fuerte, brusco y con cierta desesperación. Me hubiera encantado poder ver su cara en aquel instante para interpretar cada una de las emociones que él estaba experimentando. Pero no tuve tiempo de pensar nada más porque enseguida sentí cómo sus manos se aferraban a mis caderas con fuerza, volví a colocar su sexo en la entrada del mío y empujaba de nuevo con

todas sus fuerzas. Consiguió llegar tan adentro con aquel movimiento que arqueé mi espalda tanto como pude para retenerlo en mi interior. Sin embargo, David no estaba dispuesto a darme lo que yo tanto ansiaba, por lo que volvió a salir de mi interior casi con la misma rapidez. Cuando volvió a entrar lo hizo aún más fuerte. Yo sólo pude gritar. Aquella mezcla de placer y dolor me sorprendió pero también me gustó más de lo que hubiera podido imaginar.

David empezó a marcar un ritmo casi enloquecedor. Apenas tenía tiempo de recuperar el ritmo de la respiración entre una embestida y otra. Lo único que podía hacer en aquel instante era aferrarme a la pared que tenía delante con todas mis fuerzas y seguir disfrutando de todo aquel placer que estaba sintiendo. Oía mis gemidos y la respiración entrecortada pero, una de las cosas que más me excitó fue sentir el aliento cálido de él sobre mi nuca. A escasos centímetros de mi piel tenía la boca de David quien, a medida que se hundía en mi interior también me mordía ligeramente en la misma parte de la nuca una y otra vez. Era como si de algún modo deseara marcarme.

De repente me sentí inmersa en un juego de rol en el que él tenía todo el control de la situación y yo simplemente me limitaba a dejarme hacer. En los últimos tiempos, y debido a las cosas que había vivido, no se me daba especialmente bien acatar órdenes de nadie pero, en aquel instante, me sentía completamente en manos de David, a merced de cualquier cosa que él deseara hacer conmigo y sin poder negarme a nada. Y me gustaba. En realidad... Me estaba volviendo realmente loca de placer. Me abandoné por completo a su voluntad. Cada vez que le sentía entrar en mí pensaba que no iba a poder resistirlo más. Pero me equivocaba. Cuanto más duro era conmigo, más ganas tenía de que todo aquello siguiera adelante.

No tengo ni la menor idea de cuánto tiempo permanecemos así. Él enganchado a mis caderas y yo simplemente absorbiendo todo el placer del que era capaz. Las piernas apenas me sostenían pero, por suerte, las manos todavía eran capaces de sujetarse en la pared. No quería moverme por nada del mundo. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en aquel sexo tan intenso y duro que David me estaba proporcionando. Poco a poco sentí cómo todo el placer se concentraba en la parte baja de mi vientre.

Apreté los ojos con fuerza y traté de moverme todo lo rápido que el peso de David sobre mi cuerpo me permitía. Deseaba con todas mis fuerzas aquel orgasmo que se estaba fraguando en mi interior y que prometía ser devastador. Lo ansiaba. Lo necesitaba y, como casi todas las cosas de mi vida, lo quería ya. Traté de apretar los músculos del interior de mi sexo alrededor de su pene para acelerarlo todo. Pero no era eso lo que David quería.

En el mismo instante en el que notó que yo estaba a punto de correrme salió de mi interior. Un gemido lastimero a modo de protesta se escapó de mi boca. Cómo era posible que me hiciera aquello en un momento como aquel. ¿Acaso quería matarme? Cogí aire dispuesta a manifestarle mi descontento y confusión, pero no tuve tiempo de articular palabra. Con la misma facilidad con la que David me había arrancado la ropa interior, tiró de mí y me obligó a ponerme de rodillas delante de él. Yo levanté la cabeza y le miré directamente a los ojos, tratando de averiguar de qué iba todo aquello. Lo que encontré en ellos no me dio la respuesta, pero sí hizo que me sintiera todavía más excitada si es que aquello era posible. Tenía todos los músculos de la cara en tensión. Una mezcla de deseo contenido, rabia y autocontrol que nunca había visto. Confiaba lo suficiente en él como para saber que no iba a pasar nada que yo no quisiera, pero no tener claro en qué estaba pensando era algo que me desconcertaba y me aceleraba por partes iguales.

Sin dejar de mirarle desde el suelo alargué las manos. No sabía si eso era lo que él deseaba en realidad, pero sí que era lo que mi cuerpo ordenaba que hiciera. Mis dedos temblorosos por el deseo rozaron su ropa interior. Sin apartar la vista de sus ojos coloqué las manos sobre la cinturilla de sus *boxers* y me deshice de ellos con un rápido movimiento. El color de sus ojos se intensificó al notar la seguridad con la que yo trataba su cuerpo a pesar de estar de rodillas. Todavía se hizo más oscuro cuando sostuve su miembro entre mis manos y me limité a acariciarlo de arriba abajo ejerciendo la presión justa en el punto adecuado.

David me observaba desde lo alto con los labios entreabiertos y una sonrisa enigmática dibujada en el rostro. No sabía qué era lo que más le divertía. Si el hecho de tenerme en aquella postura o que yo, a pesar de la situación, me empeñara en tratar de recuperar cierto control. Acerqué su sexo a mi boca con toda

la lentitud de la que fui capaz y lo introduje poco a poco. Él dejó escapar un intenso gemido de placer y yo sonreí para mis adentros. Era probable que él tuviera el control de la situación pero, en aquel momento concreto, era yo la que mandaba. Deslicé los labios todavía más alrededor de su sexo y me concentré en presionar con la boca a lo largo de todo su miembro. David tensaba las piernas cada vez más y, a medida que lo iba haciendo, yo incrementaba el ritmo hasta convertirlo en algo intenso, duro e incluso frenético.

En un momento determinado él me cogió del pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás, obligándome a sacar su sexo de mi boca y dejándolo a escasos centímetros de ella. Yo me moría de ganas de volverlo a saborear, pero David, con aquel simple gesto y con la mirada que me estaba dedicando, me tenía completamente inmovilizada.

No dije nada. Tal y como había hecho con anterioridad, con un rápido movimiento me levantó del suelo. Casi con la misma agilidad puso sus manos sobre mis nalgas y me cogió en brazos. Yo enrosqué las piernas alrededor de su cintura y empecé a besarle el cuello casi con desesperación. David subió las escaleras como pudo y, con una gran delicadeza a pesar del esfuerzo, me dejó caer sobre la cama. Le observé mientras se deshacía por completo de toda su ropa. Por un momento estuve tentada de esperar a que fuera él quien me desnudara, pero estaba tan excitada que no podía resistir mis ganas de sentirle piel con piel, de modo que le imité. Me desnudé y sólo me dejé puesto el sujetador. Me alegré mucho de haber escogido un conjunto sexi para aquel día porque la ocasión desde luego lo merecía.

Levanté la cabeza y me di cuenta de que David me observaba de pie junto a la cama. Sus ojos y toda la expresión de su rostro dejaban más que claro cuánto me deseaba en aquel momento. Pero había en ellos también algo diferente. Una emoción que, aunque creía saber lo que significaba, en el fondo no me apetecía afrontar. Durante unos segundos aparté mis ojos de los suyos y me deleité en observar aquel cuerpo perfectamente definido. Me centré de forma especial en sus abdominales y en cómo se marcaba cada músculo hasta la línea del pubis. Luego mi mirada fue directa hasta su espléndida erección y noté una descarga de deseo entre mis muslos al tiempo que un gemido se escapaba de mi

boca. De forma casi automática me mordí el labio inferior y volví a mirarle a los ojos del modo más provocativo que pude.

Su reacción no se hizo esperar demasiado. David se colocó de rodillas justo delante de mí. Con un gesto fuerte pero delicado al mismo tiempo, me separó las piernas, lo que provocó que toda mi piel se erizara y que la respiración se me acelerara todavía más. A continuación paseó su mirada por cada centímetro de mi cuerpo haciendo que me encendiera todavía más. Casi sin darme cuenta mis caderas se movieron ligeramente cuando posó sus impresionantes ojos azules en mi sexo y, de nuevo, una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Tienes prisa? —dijo con un tono de voz tan sensual que me dejó al borde del orgasmo.

—No... —respondí con la respiración entrecortada.

—Mejor, porque no voy a dejar que salgas de esta habitación al menos hasta mañana.

Volver a escuchar aquel tono de voz hizo que de forma involuntaria intentara apretar mis muslos pero él fue más rápido que yo y me sujetó las rodillas con fuerza para que no pudiera hacerlo. Traté de protestar pero las sensaciones que todo aquello me estaba produciendo eran tan intensas que pensé que lo mejor sería disfrutar de ellas y dejarme llevar. David se dejó caer sobre mí y enseguida el tacto de su piel sobre la mía provocó que todo mi cuerpo empezara a temblar. Tan sólo hacía un par de días que no nos habíamos visto, pero fue entonces cuando me di cuenta de cómo mi cuerpo le había echado de menos y, sobre todo, cuánto le había necesitado. Sentirle tan excitado sobre mi sexo fue otra de las sensaciones que quise saborear con toda la intensidad posible, pero él, que se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo, enseguida se movió lo suficiente para impedir la fricción que se estaba produciendo entre nosotros.

Gemí de nuevo, y lo volví a hacer cuando David sujetó mis muñecas con una de sus enormes y perfectas manos me obligó a colocarlas por encima de la cabeza. Él me seguía mirando de un modo que hacía que todo mi cuerpo reaccionara con una intensidad bastante nueva para mí. Por supuesto, siempre que él me observaba conseguía hacerme sentir un montón de cosas. Desde mariposas en el estómago hasta unas enormes ganas de sentir sin pensar en nada más. Pero nunca había visto en él aquella

necesidad de controlarme, de hacerme suya, de necesitarme hasta un punto que yo no podía o no quería comprender. Poco a poco David empezó a pasear la lengua desde mi garganta hasta justo el inicio de mi pubis. Se detenía cuanto quería en los lugares que a él más le apetecían. Así, durante un buen rato se dedicó a torturar mis pezones. Primero uno, luego otro. Cada vez que notaba su saliva sobre esa parte concreta de mi cuerpo toda mi espalda se arqueaba y, poco a poco, el placer se iba concentrando más y más entre mis muslos. Luego descendió por el vientre, el ombligo, las caderas, en las que no sólo dejó el rastro de su saliva, sino que también las marcó suavemente con los dientes.

Yo me esforzaba por mantener las piernas abiertas y el control de mi respiración, pero era casi imposible porque, cuando creía que empezaba a ser capaz de asimilar todo el placer que él me estaba proporcionando, David decidía cambiar el ritmo. De aquel modo me obligaba a debatirme de nuevo entre la orden clara de no moverme que me había dado y lo que mi cuerpo deseaba en aquel momento.

Poco a poco sus caricias se fueron haciendo más intensas y empezó a deslizar la lengua por encima de mi pubis. Podía sentir el calor y la humedad de su lengua perfectamente. Noté cómo mis piernas empezaban a temblar. Estaba haciendo tanto esfuerzo para no cerrarlas ni moverme que no me había dado cuenta de la presión que estaban soportando. Aunque no le veía, pude notar cómo David sonreía al darse cuenta de lo que me estaba sucediendo. Tenerme casi al límite le estaba encantando y tenía que reconocer que a mí también. Durante un buen rato él se limitó a acariciarme con la lengua desde el nacimiento de mi pubis hasta el interior de los muslos. Y cuando pensaba que me iba a dar lo que yo quería volvía a subir para empezar de nuevo. Me estaba castigando y lo estaba disfrutando. Yo lo único que podía hacer era esperar a que llegara el momento en el que por fin David decidiera darme lo que yo tanto deseaba.

A medida que fueron pasando los minutos, las caricias de su lengua sobre mi sexo fueron mucho más intensas, al tiempo que aumentaba la presión que su mano ejercía sobre mis muñecas. Yo era consciente de que no podría resistir demasiado tiempo sin tener uno de esos orgasmos tan intensos que él siempre me procuraba. Aun así me esforzaba por reprimir las ganas de abandonarme

por completo al placer. No duraría mucho más y David supo leer perfectamente lo que estaba pasando por mi mente porque, sin mediar palabra, hundió dos dedos en mi interior. Su movimiento me pilló del todo desprevenida. Sentirle entrar en mí con aquella fuerza y determinación fue todo lo que necesité para dejar que un orgasmo arrasador se apoderara de todo mi cuerpo. No hizo falta que él se moviera. Tampoco necesité hacerlo yo porque, en el mismo instante en el que David entró en mí, exploté. Sentí cómo el placer se extendía desde el centro de mi sexo hasta la nuca y luego me recorría el resto del cuerpo hasta dejarme casi sin aliento. Un intenso gemido de placer lo llenó todo y, por un momento, pensé que había perdido la capacidad incluso para respirar.

A David no le pasó en absoluto desapercibido el hecho de que mi sexo estaba ejerciendo toda la presión posible sobre los dos dedos que había en mi interior y que, incluso después de haber alcanzado aquel primer orgasmo, mi cuerpo seguía tan tenso y lleno de deseo como al principio. Aún podía sentir los últimos restos del orgasmo repartidos por todo mi cuerpo cuando él repitió el mismo movimiento. Sólo que en esta ocasión al tiempo que me penetraba hizo girar los dedos en mi interior. De forma automática arqueé la espalda y empecé a moverme sin control alguno sobre sus dedos sin importarme la orden que él me había dado al principio. En aquel momento no estaba para pensar ni para satisfacer algo más que no fuera mi propia necesidad de sentirlo dentro de mí. Así que me enfrasqué en un ritmo frenético hasta que un orgasmo todavía más devastador que el anterior me dejó casi sin poder moverme.

Cuando recuperé la capacidad de razonar me di cuenta de que David me volvía a mirar a los ojos y sonreía. Yo le devolví la sonrisa sin dejar de sentir un intenso hormigueo entre las piernas. Desde luego no era la primera vez que tenía más de un orgasmo seguido, pero sí que me estaba sorprendiendo el hecho de que cuanto él más me daba, más necesitaba mi cuerpo para satisfacerse. Abrí la boca para pedirle que siguiera, pero él me colocó el dedo índice sobre los labios y con sus ojos me hizo saber que no había palabras que yo pudiera decir en aquel momento. A continuación abrió la mano y dejó mis muñecas libres no sin antes observarlas con detenimiento. Di por hecho que estaba buscando alguna marca. Los dos sonreímos al ver que todo estaba en orden.

David se acercó lentamente a mis labios y yo me estremecí entera. Necesitaba que me besara. Después de todas las emociones que acababa de experimentar deseaba con urgencia tener su boca pegada a la mía y su sabor llenándome por completo. Cerré los ojos en el mismo instante en el que sentí cómo su lengua se abría paso hacia el interior de mi boca. Su aliento fresco y dulce al mismo tiempo me llenó por completo. Sentir su lengua buscando la mía hizo que me volviera a encender y, con las manos ya liberadas, pude acariciar su espalda mientras nos perdíamos uno en la boca del otro. Al principio nos besamos despacio, con ternura, con cariño. Yo estaba completamente extasiada con lo que acababa de vivir. Pero, a medida que nuestras lenguas se fueron enredando se nos hizo más urgente la necesidad de saborearnos, de tenernos mucho más cerca de lo que ya estábamos. David fue el primero en clavar los dientes sobre mis labios. Era perfectamente consciente del efecto que aquello causaba en mí. Enseguida volví a notar cómo el corazón se me aceleraba y todo mi cuerpo le buscaba. No esperé a que él hiciera nada más y con toda la energía de la que fui capaz me senté sobre la cama. Él me observó y yo le sonreí mientras con una mano le empujaba suavemente el torso hacia atrás.

Él se dejó caer sobre la cama y, una vez más, admiré su cuerpo perfecto. De forma casi automática me mordí el labio y sentí una descarga de deseo bajo mi vientre. No me lo pensé dos veces. Me senté a horcajadas sobre él y le miré con una mezcla de timidez y atrevimiento que provocó que David dejara escapar un intenso suspiro. Su sexo estaba apenas a unos centímetros de la entrada del mío. Era consciente de lo excitados que estábamos los dos, pero sabía que, en aquel momento, yo tenía todo el control de la situación, y quería aprovecharlo. Me sentía confiada, mojada pero, en especial, poderosa. Tener a David a mi merced de aquel modo estaba sacando a la luz mi lado más oscuro y, al mismo tiempo, oculto. Llevé mis manos hacia la espalda y con una lentitud digna de un estriptis empecé a quitarme el sujetador. A medida que la prenda se iba deslizando por mi cuerpo los ojos de David se entrecerraban un poco más al tiempo que podía sentir perfectamente su sexo palpar justo a la entrada del mío. Me encantaba aquella sensación y, al mismo tiempo, me desinhibía por completo.

En aquel momento me sentía sexi, poderosa, fuerte. Estaba convencida de que era una diosa del sexo y que sólo yo podía darle a David lo que necesitaba. Cuando el segundo de los tirantes del sujetador se deslizó por mi hombro él gimió con una voz mucho más ronca y alargó la mano para tratar de acariciarme. Pero se lo impedí obligándole a dejar la mano junto a su pecho. Él me miró sorprendido, pero no dijo nada. Sólo volvió a gemir cuando comprobó con sorpresa cómo yo me llevaba dos de mis dedos al interior de mi boca y los lamía muy, muy despacio. De forma casi automática David paseó la lengua por encima de sus labios y levantó ligeramente las caderas buscando entrar en mi interior. Yo me apoyé sobre su vientre y se lo impedí. Seguí mirándolo cuando dirigí mis dedos húmedos hacia mis pezones y los pellizqué.

—Marga... Me vas a matar —dijo con la voz entrecortada por el deseo.

—Esa es la idea —respondí con mucha más serenidad de la que en realidad sentía.

Repetí un par de veces más aquel gesto y comprobé que, cuanto más abiertamente mostraba lo que me apetecía, muchísimo más excitados estábamos los dos. En cualquier otro momento hubiera sido casi imposible que me comportara de aquel modo. A pesar de haber avanzado mucho durante los últimos meses, todavía estaba cargada de una serie de manías y de pensamientos no muy positivos sobre mí. Sin embargo, en aquel momento, me sentía libre. Sólo estábamos David y yo en un momento concreto de nuestras vidas en el que todo era posible. Sentía la humedad resbalar por mis muslos y, cada vez que humedecía o pellizcaba mis pezones, me acercaba un poco más a otro orgasmo. Me separé ligeramente del final de su pubis. Alargué la mano y sonreí al sostener entre mis dedos su enorme erección. La coloqué a la entrada de mi sexo y me fui dejando caer lentamente sobre ella. A medida que David se abría paso hacia mi interior los músculos de mi sexo se aferraban al suyo, produciéndome enseguida un montón de pequeños orgasmos que me estremecieron por completo. Cuando estuvo completamente en mi interior los dos nos quedamos quietos mirándonos a los ojos. Pude comprobar en aquel instante que David me miraba loco de deseo y de ganas de mí pero, al mismo tiempo, había en sus ojos una ternura infinita. Me estremecí, no por lo que vi en ellos, sino porque fui consciente

de que yo le estaba mirando del mismo modo que él a mí. Algo cambió en mi interior. De repente ya no me apetecía sexo salvaje con él. No me bastaba con sentirle dentro de mí y dejar que me proporcionara uno, dos o cinco orgasmos más. Quería algo más. Ir más allá. Deseaba tenerle pero, por encima de todas las cosas, quería que él me tuviera a mí. Durante unos segundos me quedé paralizada reflexionando sobre aquella emoción que, como casi todo en mi vida, me había cogido desprevenida. Sin dejar que saliera de mí apoyé la cabeza sobre su pecho firme y fibroso. Luego cerré los ojos. David me abrazó con fuerza, mientras con una mano me acariciaba con ternura el pelo y los hombros.

Estuvimos así sintiéndonos en silencio y sin decir nada. Pasaban por mi mente tantas cosas que decir y que hacer que no me decidía por ninguna de ellas. Al final fue David quien habló.

—¿Va todo bien?

—Sí —dije casi en un susurro.

—Mírame, por favor.

Obedecí. Separé mi cabeza de su pecho y mis ojos se encontraron con los suyos. Me sentí tan abrumada por todas las emociones que se podían leer en ellos que las lágrimas asomaron a mis ojos. Me costó entender cómo habíamos pasado del deseo más animal a aquel sentimiento tan profundo al que yo no me atrevía a ponerle nombre. David colocó sus manos sobre mi cintura y me acarició con suavidad mientras ninguno de los dos apartaba la vista del otro. Las caricias se extendieron hasta las caderas. Pero yo no podía pensar. Estaba perdida en la inmensidad de aquel azul tan mágico y especial. Poco a poco David empezó a moverse. Al principio era un leve balanceo. Como si ambos nos estuviéramos meciendo. La sensación que aquello me producía era increíble.

Yo apreté los muslos sobre sus caderas y respiré hondo mientras me dejaba llevar por un intenso orgasmo. Apenas me había rozado pero aquello era más que suficiente para dar comienzo a todo el cúmulo de sentimientos y sensaciones que vendrían a continuación. Me dejé arrastrar por el placer y, lejos de calmarme, me lancé a la carrera para obtenerlo todo de él. De experimentarlo todo de mí. Apoyé las manos sobre sus abdominales perfectos y aumenté el ritmo. Podía notar cómo entraba y salía de mí, el modo en el que me llenaba, la forma en la que me completaba.

Seguía sin ser capaz de romper la conexión que existía entre sus ojos y los míos. Y así, perdida en él y en nosotros, usé toda mi energía para exprimir hasta la última gota de placer. Me rompí. Me vacié sobre él, en él, para él, por él. Y cuanto más convencida estaba de que no podía experimentar un placer mayor, más se afanaba David en demostrarme lo confundida que estaba. Me dejé llevar por uno, dos, tres... No sé cuántos orgasmos más hasta que noté que todo su cuerpo se arqueaba bajo el mío. El sudor de ambos y la humedad que corría libremente entre mis muslos se mezclaban, provocando que toda la habitación no oliera simplemente a pasión o a deseo, sino que lo que allí reinaba en aquel instante iba muchísimo más allá. David apretó con fuerza sus manos sobre mis caderas y yo supe perfectamente cómo interpretar aquel gesto. Me lancé a disfrutar del placer de ambos, completamente convencida de que no podría con más. Sin embargo en cuanto David empezó a susurrar mi nombre mientras entraba y salía de mi cuerpo, la pasión se apoderó de mí. La parte baja de mi vientre empezó a desprender calor y juntos nos encaminamos hacia un orgasmo que nos dejó sin respiración, sin palabras, pero con los ojos anegados en lágrimas de pura felicidad.

Apenas sentía las rodillas. En realidad no sentía ninguna otra parte de mi cuerpo que no fueran mi sexo y el corazón que me golpeaba con fuerza en el pecho. Aun así encontré la energía suficiente para separarme de su cuerpo. A los dos nos costaba respirar y estábamos completamente empapados en sudor. Me dejé caer a su lado y David alargó un brazo para atraerme hacia su cuerpo. No podía pensar en nada. Me sentía incapaz de procesar todo lo que había sentido durante los últimos minutos o tal vez horas. Había perdido por completo la noción del tiempo, del espacio y de todo. Intenté apartar de mi cabeza todas aquellas emociones, pero cada vez que intentaba concentrarme en el impresionante sexo que acababa de tener, los ojos de David y lo que había sentido al perderme en ellos volvían a mí. Las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia pero, aprovechando que tenía la cabeza apoyada sobre su hombro y que él tenía los ojos cerrados, dejé que afloraran sin control alguno. Estaba completamente desbordada y feliz. Estaba viviendo uno de aquellos fugaces instantes de la vida en la que todo es perfecto y, lo más importante, lo estaba disfrutando sin temor alguno.

—Te quiero —dijo David mientras me acariciaba el pelo y me lo besaba suavemente.

Mi primer impulso fue abrir los ojos. El siguiente darme la vuelta para mirar la expresión de su rostro. Tenía los ojos cerrados y un semblante en el que se reflejaba una paz infinita. Ni siquiera se había alterado al dejar salir lo que sentía, al pronunciar unas palabras que, hasta donde yo sabía por experiencia propia, significaban un paso más en una relación entre dos personas. Él las había dicho sin aspaviento alguno, sin artificio y sin necesidad de organizar nada especial. Me había querido como nunca antes y con aquello acababa de ratificar lo que yo también había sentido.

Volví a apoyar la cabeza en su hombro y permanecí en silencio con una sonrisa tonta dibujada en el rostro. Hacía unas horas, mientras hablaba con Óscar en un rincón de Paseo de Gracia, había llegado a la conclusión de que debía regresar a Benidorm porque le había prometido a alguien muy importante en mi vida que iba a regresar. Ahora aquella misma persona me acababa de decir lo que en realidad sentía por mí y yo, lejos de asustarme o de cuestionármelo todo, simplemente era feliz.

3



Me costaba mucho explicar qué fue lo que sentí cuando vi desaparecer a Marga acompañada de sus amigas Paseo de Gracia arriba. Una mezcla de rabia, confusión y un tremendo sentimiento de pérdida se apoderaron de mí. ¿Qué había pasado últimamente? ¿Qué capítulo de la vida de aquella mujer tan especial me había perdido para encontrarme ahora sin entender nada de lo que estaba pasando? Me sentía incapaz de irme a casa después del plantón que ella me había dado cuando yo menos lo esperaba. ¿No se supone que las cosas acaban bien cuando te sinceras con alguien a quien quieres? ¿Por qué entonces estaba solo y un poco borracho en un pub del Eixample?

Cada vez que cerraba los ojos no dejaba de verla a ella, tan espectacular como siempre, diciéndome con toda la frialdad del mundo que lo nuestro ya no podía ser. Que ya era tarde. ¿Dónde quedaba el derecho que tiene cada uno a tomar sus propias decisiones y a ir a su ritmo? ¿Por qué no había querido comprender mis motivos ni apenas escuchar todo lo que yo tenía que decirle? Me sentía como un auténtico gilipollas y, a pesar del monumental enfado que llevaba por todo lo que había pasado, no dejaba de rondar por mi mente la idea de que tal vez me mereciera todo aquello.

Era posible que hubiera tensado demasiado la cuerda la primera vez que estuve con ella. Tal vez mis idas y venidas con Eva no habían ayudado demasiado a que nuestra relación mejorara y

tuviéramos alguna posibilidad. Aunque yo estaba convencido de que aquella fortaleza que Marga mostraba también era producto de haber encontrado a otra persona. Sí. Era una idea de lo más machista. Imaginar que una mujer no puede tener las cosas tan claras si no es porque está con un hombre magnífico a su lado, pero en aquel momento ni la rabia ni el alcohol me permitían pensar con claridad.

Mi madre me había dado las claves para recuperar mi relación con Marga. Una mujer de la que era incluso capaz de reconocer que estaba enamorado como nunca en mi vida. Yo había hecho todo lo que estaba en mi mano para intentar explicárselo pero, tal y como acababa de comprobar, aquello no era suficiente. «¿Ahora qué?», murmuré mientras daba un largo trago al segundo whisky de la noche. Era obvio que yo no tenía cabida en su vida y, en aquel instante, tampoco me encontraba con las fuerzas suficientes para volver a plantearme reconquistarla. Me sentía completamente hundido y abatido. Volvía a estar casi en el mismo punto en el que me encontraba la primera vez que ella se alejó de mí. Aunque ahora la situación era algo peor, porque había dejado más que claro que no quería volver a verme.

—¡Joder! —exclamé mientras golpeaba con fuerza la barra del pub en el que me encontraba.

—Tranquilo hombre, que con ese cuerpo las cosas no pueden irte demasiado mal.

Me giré en dirección a la voz que acababa de escuchar y me encontré frente a una de las mujeres más guapas que había visto en mi vida. Era menuda, rubia, con los ojos de un color tan turquesa como las aguas del mismísimo paraíso. Tenía una voz de lo más sexi y, por lo que pude comprobar tras un rápido vistazo, un cuerpo de escándalo. A pesar de lo mal que me sentía por todo lo que acababa de suceder, noté cómo algo entre mis piernas cobraba vida ante la presencia de aquella chica.

—¿Eso crees? —dije mientras le mostraba la mejor de mis sonrisas.

—Estoy convencida de ello. Por cierto, soy Ana.

—Óscar...

—Un placer —dijo la joven mientras le estampaba dos sonoros besos en cada una de las mejillas—. ¿Te importa que te acompañe?

—En absoluto —respondí mientras barajaba seriamente la posibilidad de que la chica que se me acababa de acercar fuera una profesional. Por alguna extraña razón aquello me hizo sonreír. Sólo me faltaba terminar aquella noche infernal en la cama con una puta.

—Espero que no sea una mujer la que te tiene en este estado. —Aquella frase provocó que soltara una sonora carcajada—. ¿En serio estás así por una tía? ¡No me lo puedo creer!

—Te aseguro que en cualquier otro momento de mi vida yo te habría dado la misma respuesta, pero lo cierto es que sí... Una mujer me ha dado plantón y no sé cómo encajarlo.

Me sorprendió mucho hacer una confesión como aquella ante una persona a la que acababa de conocer pero, tal vez, aquel fuera el secreto. Qué mejor que contarle tus penas a una completa desconocida a la que no vas a volver a ver jamás en tu vida. Así al menos tendría con quien desahogarme. Una persona que no me conociera demasiado y que no pudiera juzgar todo lo que había sucedido.

—Brindemos pues por las mujeres complicadas —dijo Ana mientras chocaba su vaso de whisky contra el mío.

—Sí. Por las tías que nos vuelven locos. —Durante unos segundos los dos nos miramos a los ojos sin decir nada, hasta que las palabras se me escaparon de la boca—: No serás tú también una de ellas, ¿verdad?

—Te podría decir que no, pero te mentiría. De todos modos, no creo que esto sea una cuestión de géneros, sino más bien de personas en general. Todos, a nuestra manera, somos complicados. ¿No te parece?

Durante un momento me quedé pensativo. Aquella chica no sólo estaba buenísima, sino que además parecía tener un cerebro muy bien amueblado. La noche se animaba por momentos y enseguida el lado cazador que hay en mí hizo acto de presencia.

—Opino que los hombres somos mucho más básicos que vosotras, las mujeres, aunque a lo mejor hay alguna que sea un poco más fácil de comprender —dije mientras le lanzaba una mirada de lo más descarada y desafiante al escote.

—¿Ah sí? ¿Y cómo de elemental puedes llegar a ser? —Ana alargó la mano y la dejó caer directamente sobre su muslo. Sonrió para sus adentros al comprobar que la idea que se había

hecho de aquel tipo mientras lo observaba desde la distancia no era equivocada. Estaba incluso más musculado de lo que pensaba y además era guapísimo. ¿Qué más le podía pedir a la noche?

—Ni te lo imaginas —dije en apenas un susurro a escasos centímetros de su oído.

Pasados unos segundos en los que ambos nos devoramos con la mirada rebajamos un poco la intensidad de la conversación. Enseguida nos enfrascamos en temas un poco más mundanos y menos calientes. Fue así como averigüé que Ana era estudiante de último año de Derecho, que tenía veinticuatro años y que no era una mujer muy dada al compromiso. Por mi parte no le di demasiados detalles sobre mi vida personal más allá de hacer hincapié en el hecho de que no tenía pareja y que tampoco buscaba, al menos de momento, complicarme demasiado la vida.

En cualquier otra circunstancia hubiera disfrutado al máximo de la compañía de una mujer como aquella. Tenía un cutis perfecto. Ligeramente bronceado. Y un cuerpo lleno de curvas en las que, de repente, él tuvo unas ganas tremendas de perderse. Necesitaba dejar de pensar en Marga y en todo lo que acababa de suceder. Tenía que recuperar mi vida. Volver a ser el hombre seguro de mí mismo y a quien lo único que le preocupaba eran los pequeños instantes de placer que le podía proporcionar la vida sin tener que pensar en nada más.

Me hizo gracia ver cómo aquella chica tan joven estaba jugando conmigo a aquello tan viejo de «¿Qué hace un chico como tú en un sitio como este?». Había tanta energía en ella y, al mismo tiempo, tanta inocencia, que decidí seguir adelante con el tonto. Al fin y al cabo, ¿a quién le iba a hacer daño? A medida que Ana me explicaba los planes que tenía en cuanto terminara la universidad, no pude evitar pensar en cómo era yo a su misma edad. Tampoco habían pasado tantos años pero, si echaba la vista atrás, tenía la sensación de que hacía siglos que yo era un joven a punto de licenciarse y con un montón de sueños por cumplir. Respiré hondo.

—¿Te estoy aburriendo? —preguntó Ana con una impresionante sonrisa en los labios y sus ojos turquesa clavados en los míos.

—En absoluto. Sólo pensaba....

—¿En qué? —dijo sin darme tiempo a terminar la frase. Por lo general me molestaba la gente tan impetuosa. Sin embargo, aquel detalle en ella la hizo todavía más apetecible ante mis ojos.

—En que el tiempo pasa muy rápido.

—Sí. Eso dice mi padre —respondió ella divertida.

—Perdona, no pretendía ponerme en plan abuelo cebolleta. Es sólo que ayer estaba sentado en el mismo lugar que tú, con sueños algo parecidos y hoy...

—Hoy estás aquí hablando conmigo —dijo volviendo a sonreír mientras ladeaba la cabeza con gracia.

—Sí —me limité a responder mientras daba un largo trago al whisky.

Ana continuó hablando de todo y de nada. Había tanta vitalidad en ella que, por un momento, incluso la envidié. No hacía tanto que yo era una persona como ella. Tal y como le había dicho, siempre había tenido un montón de sueños. Cuando era más joven pensaba que estudiando Derecho podría cambiar aquellas cosas de mi entorno que no me gustaban. Así lo hice durante mis primeros años en la multinacional pero, en algún momento que no era capaz de ubicar en el tiempo, me empecé a acomodar hasta convertirme en uno de esos ejecutivos trajeados que tanto repelús me habían producido en mi primer día de trabajo. Por supuesto, a lo largo de todo aquel tiempo había hecho todo lo posible por realizar un trabajo impecable. Aquello precisamente había sido lo que me había permitido ir subiendo posiciones dentro del gabinete jurídico hasta alcanzar la buena reputación y el respeto del que disfrutaba ahora, a pesar de ser bastante joven para ello. Sin embargo, ¿dónde habían quedado aquellas cosas que quería hacer?, ¿los planes para cambiar mi entorno? Y lo más importante, ¿dónde estaba ese futuro con el que soñaba no hacía demasiado tiempo?

En cuanto aquella pregunta apareció en mi mente no pude evitar pensar en Eva. La relación que se suponía perfecta y adecuada para mí. El noviazgo ideal de cara a la galería y que, en realidad, me había hecho más desgraciado que otra cosa. Me costaba creer que hubiera pasado tanto tiempo con ella teniendo en cuenta las cosas que deseaba para mi vida tan sólo unos años atrás. ¿Por qué me había conformado con aquello? ¿Qué me había pasado para,

casi de la noche a la mañana, dejarme arrastrar por la rutina, la corriente y lo que se suponía que «tocaba hacer» a continuación? Enseguida mi mente se concentró en Marga y sentí una fuerte presión en la boca del estómago. Aquella mujer que había puesto mi vida patas arriba. Esa chica con la que había tenido el mejor sexo de toda mi vida y con la que me era tan fácil estar que todavía no podía creerme que estuviera a kilómetros de mí.

A lo lejos escuchaba la voz de Ana, que me estaba explicando que aquella sería su última salida en varias semanas porque se acercaban los exámenes finales y tenía que estar concentrada. Al parecer había salido con un grupo de amigas que estaban jugando al billar en la parte de arriba del bar mientras que ella había decidido que ya había tenido suficiente de tacos y bolas aquella noche. Al escuchar aquellas palabras la miré directamente a los ojos y le sonreí. A pesar de las reflexiones que estaban acudiendo a mi mente y del modo en el que me estaban sacudiendo por dentro, todavía era capaz de reaccionar ante una expresión que diera pie a un poco más de tonto.

—Así que estás harta de...

—Sí, de tacos y bolas —dijo Ana volviendo a terminar una frase por mí. Desde luego aquella chica era rápida y a mí me divertía bastante, todo había que reconocerlo.

—Entonces podemos pedir otro whisky —dije mirando nuestros vasos que estaban ya vacíos.

—Si te emborrachas no me servirás de mucho.

Al oír aquellas palabras se me escapó una carcajada que debió oírse por todo el bar a pesar del volumen al que sonaba la música. A lo largo de mi vida muchas mujeres habían tratado de ligar conmigo, pero aquella era la primera vez que me encontraba frente a una que tenía las cosas tan claras y que estaba dispuesta a salirse con la suya yendo directamente al grano.

—¿No acabas de decir que estás harta de tacos y bolas? —Sabía que aquello era un tópico. Una frase absolutamente previsible pero, no sé por qué, fue la primera que me salió de la boca como respuesta.

—No de todos... —dijo ella mientras se acercaba a mi boca y me daba un suave beso cargado de erotismo y sensualidad.

Estuve a punto de protestar, pero no lo hice. Tal vez lo más lógico en aquel instante en el que estaba haciendo aquellas reflexiones

sobre mi vida lo más sensato hubiera sido dejar pasar aquello, despedirme de Ana y marcharme a casa. Pero no lo hice. Más bien al contrario. Pegué mi boca a la suya y me lancé a disfrutar de la calidez de sus labios y de las sensaciones que despertaba en mí aquella lengua que buscaba la mía con ansia. Alargué la mano, la coloqué justo detrás de su nuca y la atraje hacia mí. Necesitaba sentir su cuerpo joven y terso pegado al mío. En cuanto comprobé que Ana era exactamente como la había imaginado sentí que me excitaba todavía más. ¿A quién no le iba a gustar un bombón como aquel, que además parecía tener tan claras las cosas? Seguimos así un buen rato. Tan sólo saboreándonos, excitándonos y metiéndonos mano en la barra de un bar como si fuéramos dos adolescentes.

Cuando nos separamos los dos nos miramos a los ojos y pude ver en los de ella el deseo más absoluto. Yo ya hacía un buen rato que tenía un calentón de los que hacían época, de modo que no me resistí en absoluto cuando ella propuso irnos a un sitio más tranquilo. Mientras salíamos del bar y ella les hacía una seña a sus amigas sonreí. Aquella era una de las pocas veces en la vida en las que yo no había llevado la voz cantante a la hora de ligar con una mujer. Tenía que admitir que me estaba gustando, aunque también tenía claro que aquello no iba a pasar del típico polvo de una noche.

Al salir a la calle paré un taxi. Ninguno de los dos estaba en condiciones de conducir. Además no me apetecía en absoluto llevar a Ana a mi casa. Me alegró saber que ella tampoco tenía intenciones de eso cuando oí que le facilitaba una dirección al taxista. En cuanto arrancó el coche volvimos a besarnos como dos adolescentes. ¡Madre mía! ¿Cuánto tiempo hacía que no le metía mano a una mujer en la parte de atrás de un taxi? Tanto que ni siquiera lo recordaba. Sonreí para mis adentros y me dejé llevar por la intensidad que Ana le estaba dando a todo aquel momento. De vez en cuando me fijaba en el taxista, que no nos quitaba ojo de encima mientras nosotros seguíamos dando un espectáculo de lo más caliente en el asiento trasero. Sin dejar de besarme, Ana colocó la mano sin ningún disimulo en mi entrepierna y enseguida sonrió.

—No esperaba menos —dijo mientras volvía a besarme todavía con más intensidad.

Volví a sonreír y, aunque había criticado aquella película mil veces por ñoña, me sentí como Richard Gere en *Pretty Woman*, cuando sube a Julia Roberts en coche y conducen juntos por las calles de Los Ángeles. Por fin el taxi paró. Pagué y, con bastante esfuerzo debido a la erección que presionaba mis pantalones, salí del coche. Eché un vistazo a mi alrededor y enseguida reconocí el lugar. Estábamos en el Borne, un barrio que en los últimos tiempos se había convertido en residencia habitual de muchísimos estudiantes. Ana me cogió de la mano y tiró de mí. Yo me dejé guiar hasta el interior de un portal que parecía recién sacado de una escena de *La sombra del viento*. Allí volvimos a besarnos y empezamos a recorrer nuestros cuerpos con bastante ansia. Tenía que reconocer que la chica estaba incluso mejor de lo que yo había imaginado en un primer momento. Su cuerpo se acoplaba perfectamente al mío y tenía una piel para perderse en ella.

Noté sus manos tratando de quitarme la camisa mientras que yo ya tenía las mías perdidas debajo de su blusa. ¡Tenía unas tetas perfectas y me moría de ganas de tenerlas en mi boca! Como alguno de los dos tenía que ser adulto porque yo no estaba dispuesto a que algún vecino nos pillara dándonos el lote en la escalera, me despegué de ella lo justo para llamar al ascensor. En cuanto estuvimos dentro los dos volvimos a la carga. Y así llegamos a su apartamento. El típico piso de estudiantes que, por suerte para ambos, aquella noche estaba vacío. Cerramos la puerta y enseguida nos abalanzamos el uno sobre el otro. Ya no había nada que nos impidiera perder el control y disfrutar como quisiéramos.

Del mismo modo en el que lo había hecho a la salida del Bar, Ana me cogió de la mano y me guió hacia su dormitorio a través de un amplio pasillo. Una vez en el interior saltó sobre mí y, por suerte, ambos caímos sobre la cama entre risas. Y en aquel mismo instante todo cambió. El sonido de aquella felicidad me llevó a otro momento, a otro lugar y, por supuesto, a otra mujer. Una noche de verano en lo alto del Tibidabo. Un momento mágico en el recuerdo con una persona a la que, por mucho que lo intentaba, no podía apartar de mi mente. Los dos pensamos que tal vez aquella sería la última ocasión que nos veríamos como pareja, pero el tiempo nos había dado de nuevo la oportunidad de encontrarnos. ¿Y qué habíamos hecho nosotros con aquello? Nada.

Simplemente habíamos vuelto a alejarnos. Pero, ¿qué era lo que había sucedido ahora? ¿Por qué no estaba en este mismo instante besando a Marga y muriéndome de ganas por hacer el amor con ella?

—¿Estás bien? —dijo Ana quien se dedicaba a pasear sus uñas a lo largo de mi espalda.

—Sí —respondí mientras cerraba los ojos, tragaba saliva y trataba de concentrarme de nuevo en lo que estaba sucediendo entre nosotros dos.

Volví a saborear su boca, a enredar su lengua con la mía. Su aliento era cálido y me excitaba. Todo mi cuerpo obedecía a las caricias que aquella chica me estaba dando. De nuevo otra imagen. Una playa desierta en una noche de verano. El éxtasis más absoluto junto a una mujer castaña de cuerpo impresionante. Allí estaba de nuevo Marga. El corazón se me aceleró y, durante unos segundos jugué a algo totalmente deplorable. Imaginé que Ana era otra mujer. Aquella a la que echaba de menos. La misma que me había mandado a paseo sin una explicación que yo pudiera llegar a entender del todo. Y tengo que admitir que funcionó, porque mis besos se volvieron más intensos, las caricias mucho más apasionadas y las ganas de perderme en ella me invadieron. Así que me abalancé sobre su cuerpo y lo devoré con desesperación. Paseé la lengua desde su cuello hasta la punta de los pies mientras la oía gemir. Repetí aquello una y otra vez hasta que volví a abrir los ojos. Me encontré frente a frente con una imagen que no era, ni mucho menos, la que yo esperaba. Aquella mujer tan sexi, tan joven y tan de todo no era Marga. La mía. Sentí cómo me subía algo desde el estómago a la garganta que me obligó a levantarme de golpe y salir a buscar el cuarto de baño. En cuanto lo localicé me derrumbé de rodillas frente al váter y vomité mientras todo mi cuerpo se estremecía. Hubiera sido fácil echarle la culpa de aquello a todos los whiskies que había tomado, pero me habría engañado. Sabía perfectamente cuál era mi límite de copas en una sola noche y, aquella en concreto, ni siquiera lo había rozado. No. Lo que estaba experimentando no tenía nada que ver con el alcohol, sino con algo mucho más profundo. La angustia, las convulsiones y el vacío en la boca del estómago era algo que nunca había sentido antes, pero de lo que sí que había oído hablar. Se trataba de amor.

Me levanté como pude del suelo. Luego me enjuagué la boca y regresé a la habitación donde una desconcertada Ana me estaba esperando medio desnuda sobre la cama. La miré y traté de sonreír, pero me sentía como un auténtico cabronazo después de lo que acababa de pasar. De modo que, lo único que conseguí fue que mis labios esbozaran una pequeña mueca.

—¿Me dices qué te pasa? —preguntó Ana con una preocupación tan sincera que hizo que me sintiera todavía peor.

—Esta noche se me ha ido un poco la mano con la bebida —dije. Ella no necesitaba saber la verdad. No tenía la culpa del hervidero en el que se había convertido mi cabeza y, al mismo tiempo, yo no me sentía lo suficientemente valiente como para confesarle la verdad. Así que opté por una mentira piadosa que nos beneficiara a los dos.

—Por un momento he pensado que no te gustaba... —Ana dejó caer los párpados y entonces sí que pude sonreír. Aquella mujer no se rendía nunca y eso me hizo pensar de nuevo en Marga y en todas las veces en las que se había esforzado para que lo nuestro saliera adelante.

—Estaría loco si dijera que no me gustas. Eres el sueño de cualquier hombre y además tienes algo que te diferencia de la gran mayoría de personas que conozco.

—¿Qué?

—Eres inteligente y sabes lo que quieres.

—Y ahora es cuando me sueltas alguno de los tópicos tipo «no eres tú soy yo». —Ana se incorporó sobre la cama y se me quedó mirando a la espera de que yo le diera alguna explicación más. Yo intenté abrir la boca pero enseguida ella puso sus dedos sobre mis labios y se anticipó—. Déjalo mejor así. Eres demasiado guapo y besas demasiado bien como para guardar un desagradable recuerdo de ti.

Volví a sonreír. Me acerqué tímidamente y le di un beso en los labios.

—Lo siento —murmuré. Y lo decía absolutamente convencido.

—Yo también.

Ana hizo ademán de levantarse, pero con un rápido gesto con la cabeza le hice entender que no era necesario que me acompañara. Era más que capaz de encontrar yo solo la salida y tampoco tenía necesidad de sentirme peor de lo que ya lo hacía. Ya en

la calle paré otro taxi y le di la dirección de mi casa. Mientras veía la ciudad dormida a aquellas horas de la madrugada volví a pensar en todos los momentos que había pasado con Marga. En cada una de las veces que nos habíamos reído y en cómo era el sexo entre nosotros. Pero, en especial, recordé aquellos pequeños detalles que habían hecho de lo nuestro algo distinto. Y allí estaba yo regresando solo a casa. Sintuéndome como si me hubiera pasado un tanque por encima y comprendiendo, quizás por primera vez en todo aquel tiempo, que había dejado escapar a la mujer de mi vida.

En cuanto llegué a casa me dejé caer sobre el sofá del salón y sintiendo, por primera vez en mucho tiempo, que tenía el control de la situación, me limité a escribir un escueto mensaje:

Óscar:

Lo siento.

Te quiero.

Luego me quedé en silencio viendo a través del ventanal del salón cómo empezaba a amanecer sobre la ciudad. Poco a poco las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas hasta que el llanto suave pasó a convertirse en auténticos sollozos. Por fin había comprendido todo lo que Marga había tratado de explicarme durante tanto tiempo. Fue ahí cuando me di cuenta del error que había cometido al permanecer junto a Eva, al no ser del todo claro con aquellas dos mujeres. Pero, sobre todo, lloraba porque me había faltado el valor para buscar mi propia felicidad. Yo, que siempre había parecido tan seguro de mí mismo. El hombre que siempre sabía hacia dónde ir o qué palabra utilizar se había cargado, por capullo, una de las mejores oportunidades que la vida le había dado de ser feliz.

Aquella noche lloré como nunca. Di rienda suelta a todas las emociones, dudas y decisiones equivocadas que había tomado en mi vida. Me castigué por mis errores, pero también aprendí a perdonarme. Había hecho falta sacar a Marga de mi vida para siempre para darme cuenta de todo. A las siete de la mañana me di una ducha, me vestí y me preparé para un día de trabajo agotador. Tenía claro que había perdido a la mujer de mi vida como también, en aquellas pocas horas, había llegado a la conclusión de

que aquel tren no iba a volver a pasar. Así que me convencí de que lo que realmente necesitaba era volcarme por completo en el trabajo y esperar a que la angustia que sentía en la boca del estómago se convirtiera en algo con lo que pudiera vivir.

Al llegar al despacho diseñé los siguientes meses para no tener que preocuparme en absoluto por mi vida social o familiar. Iba a estar tan ocupado que, cuando me pusiera al día por completo, iba a ser más que probable que no recordara nada de mi vida anterior. Durante unos segundos miré por la ventana. La ciudad estaba en pleno apogeo, pero, más allá del tráfico y de la gente que corría de un lado a otro en las calles, pude ver el mar. Sonreí al tiempo que susurré «Marga». Y aquel fue mi último pensamiento antes de sumergirme en una vida completamente diferente.